

## CUESTION ETNICA Y MOVIMIENTOS INDIGENAS

---

**U**nos 80 millones de indígenas en América Latina viven en la miseria y apartados de la toma de decisiones vitales. Héctor Díaz Polanco, antropólogo mexicano y especialista en el caso indígena, analiza aquí las teorías indigenistas, etnicistas, cuartomundistas en que se ha amparado esta segregación racial. Asimismo, llama a la reflexión de los movimientos revolucionarios a estudiar e integrar el caso indígena, ausente en la mayoría de las perspectivas transformadoras de América Latina. Estos son extractos de su ensayo **Cuestión étnica y movimientos indígenas**.

En los países latinoamericanos donde existen grupos étnicos se mantienen intactas las estructuras y las formas opresivas y explotadoras de los conjuntos socio-culturales. En el continente ni siquiera se han iniciado las transformaciones estructurales más elementales que permitan provocar un cambio en la matriz socioeconómica y política de la nación. Las demandas de los pueblos indígenas y comunidades étnicas son silenciadas o en el mejor de los casos, se expresen marginalmente, como voces aisladas o de manera mistificada en la logomaquia del poder.

Lo que está a la orden del día en la mayoría de nuestros países es la «disputa» por la nación, sin que se

haya llegado al momento del «replanteo» de la nación misma como elemento del proceso de transformación de ella. En algunos casos la disputa lleva implícita la cuestión de la reestructuración de la nación; pero en ese horizonte de luchas sociales, de debate político e ideológico, la presencia y el peso de la cuestión étnica regularmente son mínimos o simplemente nulos. Mientras tanto, las etnorregiones siguen siendo los espacios por excelencia de la rapiña y la depredación, del despojo y la represión, del desprecio y la discriminación, de la pobreza y la miseria, de la degradación social más abyecta.

Los estados latinoamericanos han desarrollado verdaderas ideologías perversas: esquemas con formas teórico-políticas construidas con el supuesto propósito de «resolver» los problemas de los pueblos y comunidades, pero que operan como mantos encubridores o racionalizadores de la desigualdad y la opresión. Las mentadas ideologías, esto es, los indigenismos, tienen signos diversos que corresponden de modo aproximado a las fases de desarrollo socioeconómico por las que atraviesa la sociedad nacional: indigenismos integracionista, etnicista o etnopopulista, participativo, etnodesarrollista...

Estas variantes tienen en común el constituir concepciones políticamente inorgánicas o ajenas a los grupos étnicos, construcciones para entender o justificar la política (la práctica) que se aplica a los «otros»; y definiciones de lo que debe cambiar en cada caso para que no cambie nada (o por lo menos, nada sustancial para el mantenimiento de la lógica del sistema). El indigenismo da a luz en la noche en que todos los gatos son pardos. Con los indigenismos, la nación permanece intacta; la «unidad» nacional, que es la expresión de la desigualdad entre los sectores socioculturales que la constituyen, queda a salvo.

En los estados nacionales latinoamericanos que incluyen etnorregiones se vive como regla general el oscuro mundo de los indigenismos convertidos en políticas de Estado. La ideología y las prescripciones de los indigenismos han invadido prácticamente todos los poros de la sociedad. Aquí las demandas o los derechos de las etnias

han sido despojados de su carácter político, es decir, nacional y han devenido en asunto local, a lo sumo regional, empobrecido en una perspectiva culturalista que es inocua para el sistema vigente e inservible para las metas históricas de los pueblos y comunidades indígenas.

Sin embargo, numerosos destellos se observan en estos países: rebeliones, resistencias, ataques locales de grupos indígenas contra las situaciones que los oprimen; iniciativas de organización independiente, con más o menos éxito, afanando por sacudirse de la tutela de las estructuras indigenistas, de las directrices de seudolíderes que son verdaderos etnarcas («indígenas profesionales» o «caciques ilustrados»), o buscando directamente cómo defenderse de los aparatos represivos. Aunque estos esfuerzos no son despreciables, pasado un tiempo en la mayoría de los casos los movimientos terminan en la disolución o la extinción, sin haber logrado cambiar sustancialmente las cosas.

Las causas son numerosas. Una me parece central: la ausencia de movimientos políticos de carácter nacional (o por lo menos regional) con perspectiva revolucionaria, en los que las luchas de los grupos étnicos puedan insertarse o encontrar acomodo, nutrirse de experiencias más amplias, enlazar sus agravios y reivindicaciones con los de otros sectores de la población también dominados y explotados.

Esa ausencia está relacionada con otra: la de un proyecto político de orientación contrahegemónica y de alcance nacional que incluya orgánicamente la cuestión étnico-nacional; que recoja las reivindicaciones de los pueblos y comunidades, que proponga soluciones a su problemática y un plan de lucha preciso para alcanzarlas. Desafortunadamente, hasta ahora la inmensa mayoría de los partidos políticos que se proponen cambiar la sociedad parecen comulgar con la idea de cierta corriente indigenista que ve a los grupos étnicos como un «mundo aparte», fuera de la nación y de la lucha de clases.

## El etnicismo

El etnicismo y su «operacionalización» imperialista: el «cuartomundismo», es el arma más eficaz que actualmente garantiza la hegemonía sobre el movimiento indígena en el continente.

El etnicismo, recubierto de planteamientos que supuestamente se orientan a la defensa de los derechos de los indígenas, se presentó durante algún tiempo como la respuesta «progresista» y aún «revolucionaria» al viejo indigenismo integracionista. Esto logró confundir incluso a fuerzas de la izquierda latinoamericana, que asumieron algunos de sus tópicos y convirtieron a ciertos voceros e ideólogos etnicistas en representantes de lo más «avanzado» del movimiento indígena. En los últimos años, en la medida en que el movimiento popular ha alcanzado cierto desarrollo en Nicaragua y Guatemala, los grupos de poder han tratado de manipular, dividir e incluso anular el movimiento indígena, «codificando» los tópicos etnicistas en el marco de la teoría política del «cuarto mundo».

Las elaboraciones del etnicismo dominante en el continente no se orientan a definir los fundamentos de un proyecto nacional -en el que encuentren respuestas las demandas legítimas de los grupos socioculturales con identidades diferenciadas-, sino a precisar unilateralmente los elementos de un proyecto indígena «propio». Se plantea como una propuesta independiente y separada, contrapuesta a cualquier iniciativa nacional (u «occidental») de carácter contrahegemónico.

Muchos de los elementos, temas, tópicos que sirven de base a esta ideología se encuentran efectivamente en la visión de los grupos étnicos, forman parte de su conciencia y sus valores. Han sido intelectuales (algunos antropólogos y la *intelligentsia* indígena) quienes han formalizado políticamente la concepción etnicista. Pero si ésta ha tenido impacto en el movimiento indígena es porque de algún modo refleja, aunque sea de manera parcial y mistificada, la conciencia espontánea de los grupos étnicos.

¿Qué supuestos o principios conducen al planteamiento de este proyecto «étnico»?

1. La oposición «mundo occidental»/«mundo indígena» y el rechazo al primero. Se alega incluso la superioridad de lo indígena: una especie de etnocentrismo invertido. El «mundo occidental» se concibe como un bloque homogéneo e indiferenciado.
2. La afirmación del carácter «occidental» de la nación (las «culturas nacionales») y su rechazo. Como contrapartida, la aseveración de que la «única civilización, las únicas culturas auténticas, son las que encarnan los pueblos indios».
3. A contrapelo de la historia, la defensa de una esencia étnica inmutable que es la base de la continuidad necesaria de las sociedades indígenas.
4. Así se arriba al desenlace: el planteamiento de una solución «aparte», «fuera» de lo nacional-occidental, se traduce en la propuesta de un proyecto político «propio», un «proyecto indio».

La difusión de este proyecto étnico excluyente tiene implicaciones políticas para el movimiento indígena y para las luchas democráticas y transformadoras. Algunos puntos llaman a la inmediata reflexión: los efectos desgastivos, potenciales y reales, que este enfoque tiene sobre el movimiento popular, en tanto separa las luchas de los indígenas de las de otros sectores también oprimidos; no toma en cuenta la complejidad de las fuerzas en juego ni comprende la lógica de funcionamiento y reproducción de la nación; al esfumar lo nacional en su complejidad clasista y como el espacio en que esta lucha se realiza provoca un desquiciamiento del movimiento indígena, que tiende a orientarse en el mejor de los casos hacia metas «transnacionales», lo que desvía la atención del campo de contradicciones en el que se resuelven finalmente los conflictos sociales: la nación.

## La revolución

La contrapartida de la todavía enorme influencia del etnicismo sobre el movimiento indígena es la carencia de enfoques adecuados sobre la cuestión étnico-nacional en el seno de la mayoría de las organizaciones revolucionarias del continente. Hablamos de concepciones insuficientes y criterios sectarios; de desprecio hacia el asunto por considerarlo no relevante para el proceso revolucionario, basándose en el desconocimiento y el doctrinarismo. La consecuencia es que en los proyectos revolucionarios no se incluye la cuestión étnico-nacional o se plantea que no se diferencian casi en nada de los que sostiene el viejo integracionismo o el nuevo etnicismo. En el horizonte de la estrategia revolucionaria, regularmente, todavía la cuestión está ausente o planteada en el marco de la lógica indigenista.

La búsqueda de solución a la llamada cuestión étnico-nacional ha constituido en los tiempos modernos uno de los mayores y más complejos desafíos sociopolíticos. A lo largo de este siglo, en distintas latitudes se han ensayado fórmulas muy diversas encaminadas a recoger (o simplemente acallar) las reivindicaciones de las nacionalidades étnicas o los pueblos indígenas. Todos los modelos experimentados tienen en común el interés de encontrar su inserción en el marco del Estado nacional.

La problemática étnico-nacional se presenta históricamente como una relación conflictiva entre el Estado y agrupaciones humanas que mantienen ciertas lealtades elementales y cierta identidad propia. Esta desavenencia no es, como pretenden las concepciones etnicistas, inevitable o insuperable. La fatalidad de tal conflicto sólo puede deducirse de un choque, supuestamente necesario, entre dos «culturas» que no tienen posibilidad de encontrar puntos de convergencia o convivencia en plano alguno.

Estas particulares concepciones son la base de un proyecto etnocéntrico que define según sus normas la comunidad nacional y el Estado mismo. La nación deviene en un sistema basado en la centralización y la exclusión, que cierran toda posibilidad de participación libre en

los asuntos locales, regionales y nacionales a grupos de la población que mantienen identidades diferenciadas; en la igualdad formal de todos los miembros de la comunidad nacional, mientras se mantiene y reproduce la desigualdad real que existe entre ciertos grupos socioculturales y otros sectores de la sociedad que actúan y se comportan en esta circunstancia como una coalición opresora de los primeros; en la negación o el rechazo de la diferencia cultural y lingüística, y la búsqueda declarada de una homogeneidad que privilegia un patrón sociocultural respecto de los demás, desde el supuesto de que el arquetipo escogido es la garantía de la «unidad nacional».

¿Qué condiciones se requieren para solucionar la cuestión étnico-nacional? Dos transformaciones son inevitables. Es preciso dar paso a cambios estructurales que modifiquen aquellas relaciones económicas y políticas que descansan en la explotación de unos grupos sociales por otros. Esta es la condición más obvia, no es posible concebir la igualdad en sociedades en las que los grupos étnicos son exprimidos aun en mayor medida que los demás trabajadores.

Los cambios que afectan a la estructura socioeconómica son una condición necesaria, pero al fin y al cabo insuficiente por sí sola para dar respuesta profunda a las reivindicaciones de los núcleos étnicos.

Durante muchos años, este punto ha enfrentado a los que sostienen que la problemática étnica es estrictamente un asunto «clasista» que debe enfocarse y solucionarse en el terreno de las transformaciones de la estructura y las relaciones económicas, con los que opinan, que si bien la cuestión étnica tiene su raíz en la conformación clasista y este es el punto de arranque fundamental, supone dimensiones socioculturales que trascienden las líneas estrictas de las divisiones económicas entre clases sociales y que, por ello mismo, requiere otro conjunto de cambios para alcanzar la igualdad entre todos los sectores de la sociedad, al tiempo que se respetan las particularidades y especificidades de los sistemas con identidades diferenciadas.

Conviene de inmediato rechazar cualquier interpretación conservacionista o preterista de este derecho de las etnias a mantener y enriquecer sus identidades socioculturales. Existen tendencias teórico-políticas que entienden las reivindicaciones étnico-nacionales como la búsqueda de una especie de congelamiento «cultural» de los pueblos y comunidades; peor aún, como un restablecimiento de las condiciones del pasado: como una vuelta a patrones, instituciones o relaciones que estuvieron vigentes en algún momento anterior.

La solución a la problemática étnico-nacional no puede fundarse en la esperanza de detener la rueda de la historia o volverla hacia atrás. En el pasado (antes y después de la violenta irrupción europea) los grupos socioculturales experimentaron cambios; este dinamismo social no está ausente en el presente ni puede evitarse por decreto o por afanes voluntaristas. Lo que puede evitarse ahora es que esos grupos sean violentados, sometidos o condenados a la extinción como entidades diferenciadas y libres. La meta fundamental consiste en establecer las condiciones para que mantengan y enriquezcan las bases de sus identidades; para que definan y conduzcan ellos mismos su vida sociocultural y el ritmo de las transformaciones, de modo que éstas fortalezcan, en lugar de debilitar, la cohesión vital de los grupos.

Desde este ángulo, la idea de las etnias como sistemas que hay que mantener en su estado de crisálidas, envueltas en un perenne capullo «cultural», debe ser descartada. A ello se refirió el comandante Tomás Borge, al analizar el significado de la autonomía regional en el contexto nicaragüense. Una solución revolucionaria requiere considerar las raíces históricas, pero ancladas en las necesidades actuales de los grupos étnico-nacionales y en las aspiraciones populares comunes que dibujan la silueta del futuro. Lo contrario puede conducir a una artificial inmovilidad, perjudicial para los propios grupos socioculturales e incluso favorable a intereses extraños; o puede mantener la vida fija en etapas históricas superadas.

La nacionalidad dominante estuvo al frente del proceso histórico que condujo a la conformación del

Estado nacional, e imprimió su sello étnico-cultural (como «cultura nacional») a toda la sociedad. El control de los aparatos estatales y las instituciones civiles fundamentales por representantes de este grupo durante un lapso prolongado, contribuyó a reforzar la preponderancia de esta constelación sociopolítica y cultural que constituye la nacionalidad dominante.

En un contexto de cambio, la necesidad de incluir en el proyecto revolucionario la solución del conflicto étnico-nacional responde tanto a un principio de justicia que exige el reconocimiento de los derechos históricos de los pueblos indígenas y comunidades étnicas, como a la meta de articular alianzas para la conquista del poder y posteriormente realizar las radicales transformaciones sociales que requieren la unidad nacional de todos los sectores populares por encima de diferencias de carácter sociocultural.

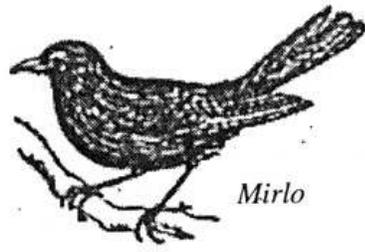
En la perspectiva que adoptamos se admite que la raíz última de toda desigualdad y opresión se encuentra en las diferencias que derivan de la estructura clasista de la sociedad nacional. De ahí que las desigualdades étnico-nacionales constituyan un obstáculo para las propias metas revolucionarias, aún entendidas éstas meramente en el plano de los cambios estructurales de carácter socioeconómico.

Desde un punto de vista revolucionario, no se debe negar el fenómeno de la desigualdad sociocultural o mostrarse «indiferente», sino en afrontarlo cuanto antes para remover ese escollo del camino. Mientras más rápidamente se aborde el conflicto étnico-nacional que atraviesa la sociedad, más pronto las etnias y nacionalidades subordinadas caerán en la cuenta de que la causa fundamental de su situación es la opresión clasista y no la desigualdad o la falta de derechos. La aceptación plena de los derechos históricos de los grupos étnico-nacionales no es lo que atenta contra la unidad nacional o retarda el proceso revolucionario, sino justamente no reconocer esos derechos.

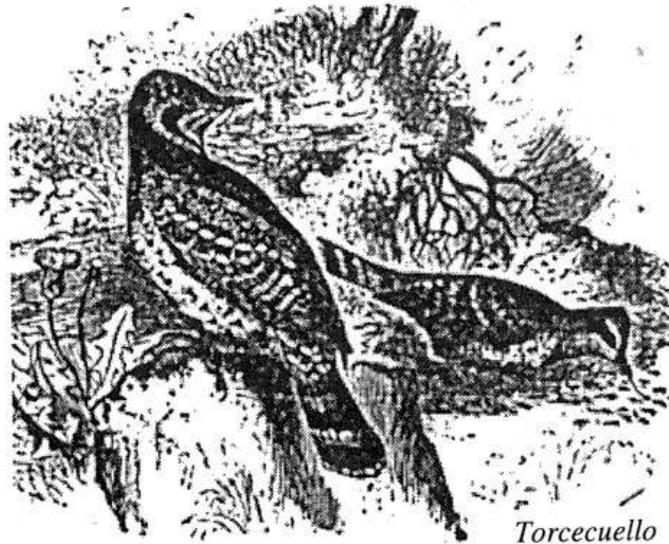
De: **Pensamiento Propio**. Año VII, N° 64, octubre de 1989 (Nicaragua). Pp. 13-17.



*Codorniz*



*Mirlo*



*Torcecuello*